

El trujamán

Viernes, 14 de mayo de 1999



La lucha contra el galicismo

Por José Antonio Díaz Rojo

Se acusa a nuestra lengua de ser reacia a la admisión de préstamos, pero desde el extremo opuesto al purismo se incorporan acríticamente, por traductores poco expertos, numerosos términos extranjeros innecesarios o mal formados. Un ejemplo de ello es la influencia que el francés ejerció en la terminología anatómica española durante el siglo XVIII a través de las torpes traducciones de manuales franceses. No fue extraña la reacción del anatomista Lorenzo Boscasa (1786-1857), quien en su *Tratado de anatomía* (1844) emprendió una reforma de la nomenclatura anatómica española para depurarla de galicismos. Propuso recurrir al latín para traducir términos de lenguas vulgares para las que no existía equivalente en la lengua terminal —tal como actualmente recomienda la norma ISO—, rechazando la versión directa del término de la lengua de origen. Señaló, por ejemplo, que el antiguo francés *canal* debe traducirse por *conducto*, y propuso sustituir el barbarismo *gotiera*, formado a partir de *gouttière*, por el equivalente español *canal*. Los traductores olvidaron que *canal*, en español, es una vía abierta, mientras que *conducto* o *tubo* es cerrada. Curiosamente, este error vuelve hoy al español médico por influjo del inglés *canal*, cuando no se traduce adecuadamente *gastrointestinal canal* por *tubo digestivo*. Fijó la terminación *-isis*, en lugar de *-ise*, calco del francés *-yse* (por ejemplo, *apófisis*, que sustituyó a la variante *apofise*, calco del francés *apophyse*). Rechazó la forma *cóxis*, recomendando el uso de *cóccix*, que respetaba el latín *coccyx*, y sustituyó los adjetivos *grande* y *pequeño*, torpe traducción del francés *grand* y *petit*, que en realidad equivalen, aplicados a accidentes anatómicos, a *mayor* y *menor*.
